

UNA DIALÉCTICA DE LA FICCIÓN Y DE LA HISTORIA:

imagen, reflejo y autobiografía en *San Manuel Bueno, mártir*.*

María-Dolores ALBIAC BLANCO

Para Irene
y su luminosa memoria de Budapest.

San Martín de Castañeda,
espejo de soledades,
el lago recoge edades
de antes del hombre y se queda
soñando en la santa calma
(*Cancionero*, n. 1459).

Exilios y esperanzas.

Se viene repitiendo que Unamuno escribió esta novela en 1930, cuando volvió de un destierro que se había iniciado en 1924 por causa de su pública oposición a la dictadura de Primo de Rivera. Lo cumplió, como es sabido, en Fuerteventura¹ y, tras su huida de la isla canaria ayudado por su amigo y traductor Jean Cassou, permaneció en Francia, de donde regresó a España en triunfo trece meses antes de que se proclamase la Segunda República. Sin embargo interesa recordar que, si bien la primera edición apareció en Madrid, el 13 de marzo de 1931, en el volumen X, número 461, de "La Novela de Hoy", el proceso real del encargo y ulterior escritura de la obra tienen su pequeña historia, no ajena al resultado final. La realidad es que Artemio

* *San Manuel Bueno, mártir*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963. En adelante citaré, simplificando: *San Manuel*, seguido de la página correspondiente.

Precioso, director de la colección, había pedido el 7 de enero de 1923 un texto original a Unamuno y éste debió avenirse a publicarlo en esa serie, porque el 24 de enero del año siguiente Artemio Precioso le paga mil pesetas por adelantado, que, dadas las coyunturas, debieron venir muy bien a la familia para enfrentar los duros meses de exilio que se avecinaban. Don Miguel no mostró excesiva diligencia en cumplir el encargo, ya que, durante los años de extrañamiento escribió poesía, ensayo y obras tan fundamentales para conocer su cánón literario como la biografía fantástica del personaje U. Jugo de la Raza de *Cómo se hace una novela* (1927) y *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez* (1930), que, dicho sea de paso, es uno de sus mejores relatos cortos, con su forma epistolar, su voluntad “experimental”, y su discurso a propósito de un curioso jugador del Casino cuya personalidad flota “en el vacío”.

La experiencia del exilio marca las obras que escribe a partir de ese momento, dotándolas de ese claroscuro contradictorio y lacerante que proyectan, por una parte, la vivencia de la soledad con sus secuelas del alejamiento de la patria, de la casa, de la familia, de los amigos y hasta de las polémicas y, por otro lado, el atrincheramiento en la soberbia convicción de la propia razón, sin desdeñar bálsamos como los que aportaban las muestras de amistad que le llegaban y los sentimientos de solidaridad, – en ocasiones multitudinaria –, que recibió, como fue la acogida entusiasta que le ofreció la Francia republicana. Pero las muestras de afecto francesas no impidieron que en ese país se sintiera mal y extraño y que se recluyera – por espíritu de resistencia y por moral de salvación – en un espacio propio que acabó siendo otro exilio sobreañadido. En esa coyuntura Artemio Precioso le tiene que mandar un recordatorio, el 6 de marzo de 1924, preguntándole si ha recibido el dinero; y el 2 de octubre de ese mismo año insiste, ahora ya de forma directa, inquiriendo si ha empezado a escribir la novela... Obviamente don Miguel no había escrito ni una línea y todavía habrán de pasar cuatro años para que el 18 de febrero de 1928 el director de la colección acuse recibo a Unamuno de una carta del novelista en la que éste le aseguraba haber comenzado ya a escribir su encargo y en la que se comprometía a entregarlo en breve. A pesar de todas las seguridades dadas por el escritor la realidad fue que Artemio Precioso no pudo publicar la obra, pues dejó la dirección de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, editora de “La Novela de Hoy”, sin haber recibido el ansiado original. Su sustituto en las tareas editoriales, Pedro Sáinz Rodríguez, deseoso de poner al día los asuntos de carpeta, recordó a don Miguel, el 31 de octubre de 1928, que tenía un compromiso editorial por el que se le había abonado un adelanto, y lo tienta asegurándole que la tirada de la novela sería de 30.000 ejemplares. El 18 de noviembre de 1930 Sáinz Rodríguez acusa recibo a Unamuno de su carta y asegura haber recibido el original que, dice, es “de gran valor”. La aparición de la obra no fue ninguna sorpresa, pues el mundo intelectual estaba al tanto de que iba a salir una novela de Unamuno y existen testimonios escritos de Marañón y de Agustín del Cañizo, entre otros, hablando de la expectativa que la próxima publicación despertaba². Don Miguel a la altura de 1930 y 1931, era un personaje muy

popular, y no sólo para el mundo académico y el literario³; él lo sabía y el recibimiento que se le organizó al volver a la patria no hizo sino corroborarlo.

El origen inmediato de la obra fue el conocimiento que tuvo Unamuno de un sacerdote que perdió la fe. Este suceso, como explicaré con más detalle, llegó a tener señalada importancia en la biografía personal y literaria de don Miguel, quien se sintió tan implicado en los padecimientos morales del tonsurado que intervino activamente, dentro de sus posibilidades, para dulcificar, primero, e intentar resolver, después, la situación a que se veía reducido el religioso por la intolerancia de sus superiores. El tema, como es lógico, no pasa directamente a la novela pues la trayectoria biográfica del conocido y protegido de Unamuno y la del protagonista de *San Manuel Bueno, mártir*, no son paralelas, lo que nos lleva, como punto de partida, a plantear que el caso que vivió el novelista suministró a su obra bastante más que un simple motivo argumental: le dio la trabazón ideológica, los motivos, el sustrato psicológico y espiritual del personaje, su condición de "agonista", por decirlo – hoy algo pedantemente – con términos unamunianos. A ese precioso material biográfico se incorporan, como auténticos ejes ideológicos que configuran su trama, las preocupaciones más angustiosas y reincidentes en don Miguel como son la fe, la duda, la vida como sueño del que despierta al hombre la muerte, la vivencia de la vida como tragedia, el problema de la vida perdurable, la salvación, el amor al prójimo, la soledad, la Biblia. Pero, sobre todo, y por más que, inicialmente, pueda parecer contradictorio, hay que resaltar que la verdadera columna vertebral de la novela es el problema de la felicidad en esta vida que, en este caso, se contrabalancea con la espinosa cuestión de la fe religiosa.

La redacción se llevó a cabo entre junio y octubre de 1930, después del viaje que realizó Unamuno con el Dr. Agustín del Cañizo a Sanabria, cuyo lago de San Martín de Castañeda, al pie de las ruinas del convento de los PP. Bernardos, sepulta la leyenda de la ciudad sumergida de Valverde de Lucerna, como es harto sabido y no procede repetir aquí⁴. Sí conviene, en cambio, reflexionar a propósito de un extremo sobre el que no se insiste cuando se estudia *San Manuel Bueno, mártir* y es el hecho de que se trata, con todas las zozobras y sinsabores que se desgranar por entre sus páginas, de una obra llena de plenitud y de esperanza, es la novela con más aliento que escribió don Miguel, la que se plantea de forma más material la preocupación por la felicidad *terrena* de los hombres y en la que brilla un rayo de ilusión, por más que éste sea oblicuo, que está patente tanto en la confiada convicción de los protagonistas de que sus convecinos son felices y deben seguir siéndolo, como en las redentoras advertencias finales del *editor*. Unamuno estaba rindiendo los frutos de una vida dedicada a conformar un estilo de pensamiento, que a los sesenta y seis años desgranar todo el bagaje de su madurez intelectual.

Por otra parte la sociedad progresista española vive enfrentada al poder, en plena efervescencia de denuncias y confabulaciones, pues era *vox populi* que la política en España caminaba hacia la apertura, y los intelectuales, entre ellos Unamuno,

mantenían la esperanza de un futuro, ya próximo, ordenado y democrático. Él, además, se sabía admirado y hasta imitado por sus contemporáneos, lo que gratificaba su egocentrismo mucho más de lo que estaba dispuesto a confesar. Cuando inicia la redacción del viejo compromiso del año 1924 faltan diez meses para la proclamación de la Segunda República y aunque nadie poseía el don de adivinar el día y la hora, era ya tan evidente que a los Gobiernos de la Corona se les escapaba la situación de las manos, como que no quedaba personaje, ni siquiera de cuarta fila, que no anduviera metido en algún tipo de conspiración antidinástica. Unamuno, recién llegado del exilio, en ese punto de reflexión y análisis que es escribir una novela, debió revivir y aquilatar con especial intensidad el peso que le habían dejado las circunstancias de su vida (intelectual y material), las vidas de los otros y la situación de su país⁵. El catedrático de griego acrisoló en su escrito un mundo de lecciones y escarmientos, porque no es en modo alguno aventurado afirmar que tuvieron mucho peso en la redacción de *San Manuel Bueno* las aún recientes experiencias de la persecución política, el acoso ideológico que había padecido, y el duro aislamiento del exilio. Él debió ponderar en ese tiempo, con especial finura, la brutalidad de la intolerancia – política o religiosa – y los dolores de quien, como el sacerdote que ha perdido la fe, o la vocación, se ve constreñido a representar una ficción y a engañar a sus prójimos en nombre de la verdad... cuando, precisamente, lo que el tonsurado había elegido era hacer de su vida un testimonio de fe y entrega.

Es sabido desde antiguo que el pensamiento procede por acumulación y criba, pero nada pasa por las personas sin dejar huella, y menos en quien, como Unamuno, ha hecho de la memoria y de la historia profunda su razón de sentir y una guía para pensar. Aceptado esto, ¿cabe tachar de “imaginaciones” el presuponer que a los sesenta y seis años, después de tanta vida recorrida, el escritor se sentía atado al recuerdo de las agonías que lo llevaron a un intento de suicidio con la pistolita que le regaló un armero llamado también Miguel de Unamuno – precisamente – y que aún conserva la familia⁶?; ¿o se podría calificar de figuraciones creer que lo habían lancinado seriamente los delicados problemas sentimentales que planearon sobre la vida de su hija Salomé, muchachita deforme que murió joven, el marido de ésta y yerno de Unamuno, José M^a Quiroga Pla⁷, y su hija María? ¿Es, acaso, salirse del cauce de la interpretación literaria e histórica y entrar en el de la filología-ficción plantear, con las debidas cautelas, las relaciones que existen entre hechos como los rememorados y las obsesiones suicidas de personajes de sus obras, y especialmente las tentaciones en tal sentido de Don Manuel en *San Manuel Bueno, mártir*⁸? Y cómo no analizar la relación entre la situación familiar tantas veces sacudida por la angustia de las denuncias, las persecuciones, los problemas económicos, presidida por aquella mujer esposa-virgen y madre, que era doña Concha, la sufridora mujer que lloraba porque veía sufrir al marido y no lo entendía y que tampoco leía las obras de don Miguel, porque a ella le gustaba Pérez Zúñiga ...; esa situación familiar dolorida por la presencia de Raimundín, el hijo marcado por la meningitis muerto en edad tierna,

y preocupada por la progresiva deformación de columna de la enfermiza Salomé; esa situación familiar, decía, cómo no relacionarla con la invención de sus enternecedores tontos y débiles literarios, o de ese personaje fascinante, maternal y temeroso de la relación sexual, que es Tula en la novela de 1921? Pero, a la vez que Unamuno confirmaba que el mundo moral del hombre consciente es dolor y lucha y que la vida es enfrentamiento con las concupiscencias y las limitaciones propias y ajenas, y más aún si se vive en la esquizofrénica España del primer tercio de siglo; a la vez, decía, que el escritor padece el peso de estas sombras, también Unamuno disponía de otra veta luminosa contrapesando y completando la homogeneidad del cuadro, como era la presunción de que el cambio político era tan imparable como inminente y que de él iban a derivarse mayores cotas de libertad ideológica, moral, religiosa... Poco puede extrañar que, en semejante tesitura espiritual y social, ésta sea una novela que compendie sus demonios familiares y sus ilusiones y que resulte, internamente, una obra "confiada" y "animosa", – incluido el final feliz de la salvación *post mortem* –, lo que no está reñido con que la renuncia y las angustias de los protagonistas se manifiesten con crudeza punzante, aún en medio de su convicción de estar sembrando bienes y felicidad. La confianza que se atisba en *San Manuel Bueno* es un patrimonio de la historia personal que está viviendo Unamuno en esa situación de "vésperas" del cambio en España.

La estructura especular.

Estructuralmente la obra se acoge al recurso literario cervantino del narrador que finge encontrar un manuscrito. Semejante simulación, como es sabido, relativiza el relato, pero esa distancia no bastaba a los propósitos de Unamuno que necesita relativizarlo hasta el extremo de interponer entre lector y sucesos nada menos que cuatro narradores, cuatro. Con este recurso lo que el autor persigue es crear un ámbito de "indeterminación", ya que la novela, desde el principio, apunta la tesis de que nada se sabe a ciencia cierta, que lo único que existe – o, por mejor decir, lo único que presumiblemente tiene el hombre mientras vive – es la duda y el testimonio que de esa duda es capaz de dar. La novela más que unos hechos expone "unas opiniones", unos puntos de vista, porque ninguno habla, enteramente, por cuenta propia, ni cuenta su escueta historia: todos reflejan, cuentan, lo que otro ha contado previamente. El entramado estructural es un juego de espejos que se diseña con lo que Lázaro, primer narrador-escritor, desde sus vivencias y perspectiva, dejó escrito acerca de Don Manuel y de su relación con él, en unas notas que halló su hermana Angela; con ellas, ésta, segunda narradora-escritora, redactó una historia – otra interpretación, por lo tanto – a la que añadió "todo lo que sé y recuerdo"; el resultado de estas dos historias que, aunadas, configuran el nuevo relato, pasan, luego, a poder de Unamuno. El novelista se convierte en el tercer narrador-escritor que, inter-

pretando a su vez lo que llega a sus manos, añade una última etapa llena de claves de las que más adelante me ocuparé. Pero existe un cuarto narrador, que es el primero en el orden cronológico, Don Manuel, al que no se suele contabilizar porque no deja testimonio escrito, sino oral, de su vida.

Ninguno de los narradores-escritores “modifica” el relato precedente, todos reflejan al modo de un espejo el objeto que tienen ante sí, pero – como sucede con cualquier espejo – la peculiar situación en la que cada cual se sitúa ante los sucesos, su forma de ser, su estado anímico, hace que disponga de un ángulo óptico propio que le permite ver, conocer, lo que el otro no percibe y, por consiguiente, ignora, y ese punto de vista le lleva también a valorar a su manera los datos que tiene ante sí. Por esta razón, – como en la teoría de los tres (o más, podríamos aventurar) Juanes-, Lázaro, que es espejo donde se refracta lo que cuenta Don Manuel, lo es asimismo de esa franja de vida de Don Manuel que solo Lázaro percibe e interpreta cuando obtiene las confidencias, y también es espejo de la relación mutua que mantienen él y el cura, como lo es – siempre desde su punto de mira – de los sentimientos que esa convivencia genera y de cuanto cada uno por separado y ambos de consuno captan y se cuentan de la vida de Valverde y de la relación entre esa sociedad y ellos ... Ángela es a su vez otra luna que interpreta y refleja, (es decir, desvía a partir de su lugar de observación), tanto las confesiones que recibe de Don Manuel, como los escritos del hermano, y cuanto ha vivido con ambos⁹.

Queda Unamuno, el inventor de la trama, reflejando en su novela-espejo datos de su vida física y moral. Es patente que en la obra, en su directa y elemental simbología, prima el juego de reflejos: unas veces son personas quienes reflejan lo que oyen o ven; en otras ocasiones el reflejo es físico, pues son los objetos o accidentes geográficos los que repiten en su superficie partes de la naturaleza, como sucede con la imagen del cielo azul espejándose en el lago o en los azules ojos del párroco. Pero toda esta recapitulación sería ociosa, de puro obvia, si no dijera que, a mi entender, la clave estructural de la narración es, precisamente, *el reflejo*, o sea, la existencia del reflejo en sí, o, si se quiere expresar con más exactitud, el resultado perceptible del reflejo en la tierra, o en los hombres, de algo superior, cuyo reflejo acaba siendo más real que el ente originario. Sólo resta añadir que esta formalización estructural responde a las creencias de Unamuno.

La obra no se divide en capítulos, lo que emborrona, aún más si cabe, los límites entre la interpretación histórica, la ficción literaria y el testimonio biográfico que aporta el novelista. La trama es circular, pues se inicia por el final, cuando se prepara la beatificación de Don Manuel Bueno y a partir de ese punto hay un retroceso temporal que constituye la exposición de su biografía que concluye cuando se llega al presente literario en que Unamuno termina de leer los relatos previos y pasa a escribirlos e interpretar su contenido. La última etapa, la que “añade” el editor Unamuno, incluye su intervención final en la novela que ha escrito a partir de los documentos históricos, y da ciertas claves. Una de ellas es que el relato transcribe

vivencias, hechos a los que Angela mezcló "sus propios sentimientos", con lo que declara la intervención en la elaboración de los datos del *punto de vista* del que ya escribió en el prólogo de las *Tres novelas ejemplares*. Otra clave axial es el desenlace: Don Manuel muere sin creer en la vida eterna pero Unamuno, en la obra literaria, rectifica y transmuta la vida ultraterrena del personaje real Manuel Bueno. Este cambio *a posteriori* del destino que a la persona parecía haberle correspondido hace del Don Manuel vivo otro Augusto Pérez al que la literatura, en la que, obviamente, es mero "reflejo" de sí mismo, le ha modificado la vida, en este caso el más allá, y lo torna más real; ambos – Manuel y Augusto – ven torcidas sus previsiones vitales porque la novela – que cuando es buena, es, según Unamuno, verdadera biografía e historia vívida – les impone el verdadero destino que les estaba preparado y con el que ellos no contaban.

En *San Manuel Bueno, mártir*, el novelista salva a Don Manuel en la literatura, a partir del momento en que lo convierte en personaje que *vive* en su novela. Y así resulta que el reverbero, la concreta imagen literaria, resulta de esta guisa, más fuerte y más veraz que el ser humano histórico; por eso su salvación no se decide, en definitiva, como resultado de su avatar en el mundo, sino por mor de las reflexiones que teje un escritor a propósito de su vida cuando realiza su biografía novelada. Unamuno recuerda a su lector que del mismo modo en que el arcángel S. Miguel ganó al diablo el cuerpo de Moisés, muerto sin entrar en la tierra prometida, ahora él, el escritor y catedrático, llamado como el arcángel, nombre que significa "¿Quién como Dios?", redime a Don Manuel Bueno muerto sin entrar en la tierra de promisión por causa de su agnosticismo. Pero eso de que los agnósticos no se salvan es el nivel de las teorías y conviene recordar que Unamuno con lo que cierra la novela es con una proclamación muy terrosa – como él diría – del valor de fe que atesoran las buenas obras, tal y como escribía S. Pablo, para quien la fe sin obras era fe muerta. En este momento de cierre estructural que es el escrito del editor Unamuno, el novelista no defrauda las esperanzas que ha ido sembrando en su escrito y concluye dando la razón a los deseos y barruntos del lector creyente: Don Manuel y Lázaro, pese a vivir sin conciencia de tener fe, han dedicado al prójimo toda su vida y convicciones por amor – y apuntemos que para la teología cristiana *Deus charitas est* – y por esto mismo han entrado en el Paraíso: les han salvado la abnegación, la caridad y haber amado al prójimo más que a ellos mismos. Don Miguel exploya su teoría de que la única forma real y valedera de amar a Dios, es deseando creer y no hay mayor nivel de creencia que el de padecer hasta la agonía las zozobras de la duda.

El relato es cronológico, si bien de algunos hechos de Don Manuel no se dice qué orden guardan entre sí. La narración, muy simple y conceptual, evita cualquier rodeo para explicar cómo un cura que no tiene fe puede ser un ejemplar sacerdote y llenar de fe y felicidad a todo un pueblo. Unamuno sólo crea aquellos personajes, hechos y paisajes que resultan sustanciales en función de Don Manuel y que son necesarios para demostrar la idea central. En este orden de cosas poco sabemos de la vida de las

gentes de Valverde de Lucerna salvo, en general, que trabajan en el campo y el monte, y eso en la medida en que sirve para explicar que Don Manuel les ayudaba en tales menesteres. Son personajes de novela en la medida en que están en función de Don Manuel, pues son los "feligreses" y, a partir de ahí, el novelista prescinde de cualquier reflexión de antropología descriptiva. Nada se dice del pueblo, ignoramos cómo es el caserío, las calles y comercios¹⁰. Y de su paisaje aparecen únicamente los accidentes con valor de símbolos, como son el lago, el monte – la Peña del Buitre – y el cielo. Salvo Don Manuel, Lázaro, Ángela y las madres no aparecen más personajes individuados que los que sirven para especificar alguna virtud del sacerdote: la madre soltera, a la que Don Manuel da un marido; Perote, que, así, ve premiada su caridad en la tierra; Blasillo, el inocente bobo, tan amado por el cura que hasta mueren juntos; la familia de payasos, figura bíblica de la Sagrada Familia... el resto son "los del pueblo", o "un niño".

El sobrio lenguaje elige un léxico significativo que genera en el lector sentimientos de ternura y comprensión hacia Don Manuel y hacia Lázaro, la criatura e hijo espiritual de "aquel varón matriarcal", cuyo denuedo y padecimiento se pondera, sin por ello caer ni en lo truculento ni en la sensiblería y sin perder nunca esa economía de recursos que caracteriza el estilo de Unamuno.

Y el hombre hizo a dios.

Según Unamuno, a su imagen y semejanza. Definición que resulta de la manipulación de un concepto – Dios – sobre el que nada concreto suelen saber los hombres. Ni siquiera Unamuno. Por eso le resultaban las definiciones al uso sobre la divinidad puras invenciones humanas, nacidas más del deseo de los hombres de disponer de un determinado tipo de Ser Supremo, acordado a sus deseos y necesidades colectivas, que de un conocimiento científicamente demostrable sobre el Creador. Unamuno también se inventa un Dios a la medida de sus convicciones, pero, eso sí, entre padecimientos y dudas, que, no por haber sido reales, han estado exentos de un evidente histrionismo en su representación pública. Una proclamación tan antropocéntrica como la que encierra la explicación que da Unamuno a la habitual definición de Dios era una paradoja con la que jugaba a sorprender a "su público" y también a desenmascarar irónicamente la postura de una teología que, nacida de la necesidad del hombre temeroso de vencer a la muerte, pugnaba por revestirse con los ropajes de la revelación. Pero, no obstante esto, la definición, además, trasluce el pensamiento más real de Unamuno, quién en su permenente dialéctica de lo terreno frente a lo trascendente opta por lo terreno, precisamente como forma de transcendencia. Así es como la *ficción de creyentes* que representan Manuel y Lázaro entraña, en su simulación terrena, una unción religiosa más auténtica que si hubiesen creído en el silencio de sus conciencias; y ello, justamente, porque ese fingimiento

implica el acto máximo – si bien mundano – de amor al prójimo. En esta órbita cabe colocar aquellos pujos que en ocasiones manifiesta el escritor a propósito de que las creencias, deseos y convicciones resultan mucho más ciertas a partir del momento en que se materializan en un personaje literario que en tanto funcionan como un arquetipo. El pensamiento crea y la literatura es una manifestación del pensamiento. Unamuno lo filtra en la parte final, al aludir a sus criaturas de ficción: “¿Y sé yo, además, si no he creado fuera de mí seres reales y efectivos, de *alma inmortalidad*? ¿sé yo si aquel Augusto Pérez, el de mi novela *Niebla*, no tenía razón al pretender ser más real, más objetivo que yo mismo, que creía haberle inventado?”¹¹

En esta vía de terrenalizar *San Manuel Bueno, mártir* ofrece una meditación filosófica sobre la fe católica, acerca de la que Unamuno declara que el auténtico significado de “creer”, de “tener fe” y de vivir con hondura la realidad religiosa, no está en el concepto original “fe” sino en la imagen que él – el concepto – proyecta sobre el mundo cuando se encarna en la vida de una persona que desea activamente creer. La fe arquetipo carece de entidad en la novela, pero sí tiene enjundia la figura del hombre de fe, es decir, el reflejo que de la fe proyecta, a manera de alinde, el creyente. De acuerdo con este principio la fe más auténtica, la que se plasma en *San Manuel Bueno, mártir*, no está para Unamuno en el hecho de creer pasivamente, a modo de espectador, sino en el reflejo que esa idea imprime en la conciencia del hombre que actúa *como si* creyera y es capaz de refractar, por así decir, una imagen de creyente. La originalidad del mensaje unamuniano radica en convertir lo que es sólo imagen, figura, remedo, ilusión – como se dice en la novela – y ficción de fe, en algo más verídico y redentor que la propia virtud teologal. Esta estructura basada en el reflejo y en la imagen proyectada parece una revisión del mito de la caverna en contra faz, una caverna paulina, obviamente, donde lo importante son las sombras, en la medida en que son *lo que existe en el mundo*, lo que el hombre posee como bagaje vital, porque se lo cree y porque necesita creerlo. Esas sombras de sueño que dieron título a una de sus obras teatrales amplían su significado al cotejarlas con los escritos ensayísticos y novelescos de Unamuno. En *San Manuel Bueno, mártir* son las sombras de la salvación eterna que los feligreses sueñan con poseer en la otra vida, y son los interrogantes que a lo mejor está soñando la cincuentona Ángela mientras concluye el manuscrito: “¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo? ¿Es que esto que estoy aquí contando ha pasado y ha pasado tal y como lo cuento? ¿Es que pueden pasar estas cosas? ¿Es que todo esto es más que un sueño soñado dentro de otro sueño?”¹²

La oblación traumática que lleva a Don Manuel y a Lázaro a negarse a sí mismos el derecho a la felicidad terrenal, que, en su caso, supondría declarar su propia verdad y vivir acorde con sus creencias, resulta fuente de su felicidad moral, ya que de esta renuncia nace la seguridad, y la dicha, de sus coterráneos. Mediante el desprendimiento de ocultar las creencias (es decir, lo abstracto y sobrenatural) y desdeñar el bienestar material (los principios generales), logran que el reflejo falso – como todo reflejo – de su comportamiento terrenal, concreto y visible, devenga lo

real y auténtico. Y, en efecto, es tan real y auténtica la imagen ilusoria que ofrecen que logran varios efectos: el inmediato es el de sublimarse como individuos en la colectividad, hacerse parte de ella en un gesto de confusión amorosa, de entrega sin reservas, como enseña la virtud cristiana de la caridad; el segundo es tranquilizar las conciencias de los feligreses de Valverde de Lucerna que, confiados en la aparente firmeza religiosa de Don Manuel y Lázaro, viven felices y abandonados a la esperanza de la existencia de un Dios-padre que les habrá de conceder la salvación eterna; en último lugar los dos hombres disfrutan de una evidente gratificación moral cual es la de tener en paz su conciencia. Lo más sobresaliente, que demuestra, por añadidura, el sentido pragmático de Unamuno, (un pragmatismo casi calvinista), es que, en la novela, de un acto moralmente malo como es mentir, se deriva un beneficio terreno para los otros que encierra una profunda trascendencia ética. La moralidad aquí está al servicio del mundo en un movimiento de teorización de la virtud muy de tejas para abajo.

En la novela, donde se desdeña el progreso material, la política, el sindicalismo – incluido el católico – y se defiende el ideal de una vida contemplativa y simple, lo importante es que la gente sencilla, la que no tiene dudas, sea feliz en la despreocupación y en la ignorancia, y en esa Arcadia ficticia la religión, al menos, podrá servir de motivo de consuelo y gozo para el ser humano y funcionar como “opio”, tal y como la entendió Marx. De esta modo la religión, dado que Don Manuel no cree que sirva para lograr un más allá eterno, logrará cumplir una función humana y útil en la tierra. La verdadera convicción de Unamuno es la que pone en boca de Don Manuel: los hombres deben vivir felices, “que el pueblo esté contento, que estén todos contentos de vivir”¹³, dice en una ocasión y reitera la idea con la confesión de que “Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan”¹⁴. Por lo tanto para lograr tan vitalista fin ningún esfuerzo ha de negar el que ama a sus semejantes, ni siquiera mentir, para curarles “su enfermedad de muerte”, que no es otra que “el tedio de vivir, imil veces peor que el hambre! Sigamos, pues, Lázaro, suicidándonos en nuestra obra y en nuestro pueblo, y que sueñe éste su vida como el lago sueña el cielo”¹⁵.

Así se entiende que fingir fe, lejos de un pecado de simulación resulte una obra de caridad que es la virtud suprema según S. Pablo, toda vez que no se utiliza para obtener ventajas propias – Don Manuel y Lázaro sufren agudamente –, sino para hacer felices en esta vida a los que sufren. Para rematar la justificación del “piadoso fraude” se alude al consejo de Pascal – aunque no lo cita –, a propósito de que tomando agua bendita se acaba por creer. Curiosos reduccionismos simplistas los de Blaise Pascal y Miguel de Unamuno que, partiendo de dos personajes complejos y contradictorios como ellos lo fueron, sólo se explican desde la honrada convicción que ambos tenían de su superioridad y por mor del atildado y piadoso desdén que

sentían ante las escasas posibilidades de entender de que disponía el común de los mortales. Al menos en lo inmediato.

¿Hacia una teoría del héroe?

No cabe ocultar sin caer en falsificación de la rica y contradictoria personalidad del novelista que en este hacedor de teologías y muñidor de redenciones subyace un evidente elitismo liberal, que ya otros autores han estudiado¹⁶. Para Unamuno sólo los elegidos cargan con la cruz de la duda, sólo los seres "superiores", los que se plantean problemas y no se doblegan a la corriente poseen el privilegio de sufrir por los demás, conducirlos y regalarles la ilusión y la esperanza; y él transmitió esa voluntad que llamaba quijotesca a algunas criaturas de ficción, como Don Manuel, porque él mismo se sentía llamado a la redención, más que a la regeneración: "el tiempo es corto y tengo muchas cosas en que pensar; las mías y las de otros, ya que estos otros no las piensan por sí"¹⁷. La regeneración es acción colectiva; la redención es obra solitaria de un mesías, del héroe ... quijotesco, repetiría Unamuno; pero, pese a sus conscientes deseos, esa veta de pensamiento era, en lo soterrado, "algo más", tan "algo más" que en 1935 llegó al riesgo de pregonar la teoría de la "alterutalidad", a propósito de las dos Españas:

No faltará lector que le pregunte a este filósofo barato: "Pero, vamos a ver; usted, señor mío, ¿de qué parte se pone en nuestra guerra civil?" [...] Si lo he dicho ya muchas veces, pero tendré que repetirlo. Y que explicar otra vez mi 'alterutalidad' ('alteruter' quiere decir 'uno y otro') [...] Mi posición es de 'alterutalidad'. Que si de neutralidad – de 'neuter', neutro, ni lo uno ni lo otro – es la posición del que está en medio de los extremos – supuestos los dos –, sin pronunciarse por ninguno de ellos, de 'alteutralidad', uno y otro – es la posición del que se está en medio, en el centro, uniendo y no separando, y hasta confundiendo a ambos¹⁸.

El pueblo, se repite en la novela, que crea, que sea feliz, que ignore y que se meza en brazos de la felicidad, víctima del engaño visual que le proporcionan sus redentores, es decir, esos hombres que estando por encima de la masa velan por el pueblo. En la muerte aceda pero serena de un Don Manuel que enfrenta el tránsito sin creer en el más allá, hay una incómoda convicción de superioridad salvadora que, no obstante, en modo alguno turba el patetismo literario, ni la hermosura del texto. "No hay más vida eterna que esta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años"¹⁹, dice al ir a morir refiriéndose al pueblo. Cuando da a Lázaro la despedida definitiva con un "Y hasta nunca más", Don Manuel ejecuta el acto de traspasarle el testigo de un poder que, hasta ese momento, ha ejercido el cura sobre "los feligreses" engañados por las sombras ilusorias de unas creencias fingidas. Sin lugar a dudas se trata de la

sutilísima conciencia de superioridad no sólo del que sabe, sino del que está en posesión del *secretum* de que la felicidad terrena de los hombres es irremediabilmente finita pero el pueblo llano lo ignora, y quien conoce la verdad la calla para no empecer esa dicha imperfecta.

La pregunta surge cuando se plantea un hecho evidente: la gente del común, por ignorancia y por simpleza, es incapaz de entender y asimilar el descreimiento del párroco, y, sin lugar a dudas, si se hiciera evidente su pérdida de fe, estallaría el escándalo y la desorientación. Este hecho (sobre el que volveré más adelante), es innegable en una comunidad rural de la España de 1930 y evidencia un doble vicio de falta de educación civil y de ausencia de tolerancia. Y, sin embargo, la posición de Unamuno en *San Manuel Bueno, mártir*, no es de denuncia; antes bien, opta, muy significativamente, por una integración nada rupturista en las normas religiosas establecidas: Don Manuel y Lázaro fingen estar con el rebaño parroquial para no causarle una lesión irreparable en su derecho a la felicidad, y esta oblación les permite superar su egocentrismo individualista pero no para integrar su personalidad concreta en la esfera superior y genérica de la colectividad sino, como afirma Unamuno en el prólogo que escribió en 1932²⁰, para, comprendiendo mejor los resortes que pueden moverlos hacia la vía de la bienandanza, dominarlos y resolver en esta gesta redentora su problema de personalidad que se resiste a morir y necesita dejar una obra que le sobreviva. La actitud de Don Manuel es la del héroe, la del ser superior, como dice, con otros términos, en la propia novela y en textos anteriores ha confirmado más paladinamente: los dos varones de *San Manuel Bueno* se humillan para elevarse, en lo moral y en lo personal y de este modo resultan héroes, como ya explicó en 1909, cuando, en defensa del papel motor de los seres individuales superiores, trufó, muy románticamente, el héroe y el genio con motivaciones populares, dotando, así, a ese espíritu elitista de un supuesto, mítico y peligroso, aliento popular; de semejante teoría, muy en boga en esas fechas, iba a echar mano en breve el nacional-socialismo alemán. Don Manuel y Lázaro, confunden – para el pueblo – felicidad con tranquilidad, lo que aún lo deja todo más claro, pues Unamuno repitió hasta cansarse que no deseaba la tranquilidad sino el conocimiento (es el archirepetido “Y Dios no te dé paz, sino gloria”), y, por eso mismo, el párroco y Lázaro hallan su felicidad posible, digamos su realización, en *saber y estar en posesión del secretum*, aún a costa de dolor y zozobras, pero programan heroicamente para el pueblo una felicidad basada en la despreocupada confianza, la ignorancia y la ausencia de dolor. En un discurso en el Paraninfo de la Universidad de Valencia con ocasión de la conmemoración del Primer Centenario del nacimiento de Darwin, el 22 de febrero de 1909, ya afirmó algo muy peligroso: “[...] la doctrina carlyliana del progreso del heroísmo es profunda; es el héroe el que impulsa a la sociedad [...] Los grandes descubrimientos, los adelantos todos brotaron de la cabeza o del corazón de un hombre, de un héroe; las muchedumbres no crean, no hacen sino conservar y propagar”²¹. La idea pervive y resurge en *San Manuel Bueno* cuando afirma: “el pueblo [...] Cree sin creer, por

hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu²²; unos pobres de espíritu a los que hay que engañar porque, como dice, "La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella"²³. Unamuno no era consciente del reaccionarismo profundo que se agazapaba tras esos evangélicos discursos conformistas que conviven en perfecta coherencia contradictoria con otros aspectos regeneracionistas de su pensamiento.

La consciente antinomia.

En este punto debo plantear una nueva, y obvia, contradicción más del entramado ideológico de Unamuno, patente en esta novela: a lo que conduce, en definitiva, ese afán por terrenalizar y personalizar las ideas y los arquetipos teológicos – la fe, la salvación, el sacerdocio... – en unos seres concretos es a despojarlos de carnalidad y a transformarlos – paradójicamente – en arquetipos de las virtudes que "representan" o practican. El novelista alcanza tal objetivo con el eficaz auxilio de su estilo, un estilo contundente y muy directo, deliberadamente descarnado e ignorante de adornos y circunloquios, y en esta novela, específicamente, merced a esa estructura en la que nadie habla ni directa ni personalmente, todos se manifiestan por boca o por escritos de otro; es una estructura en la que el narrador final asume que transcribe un "documento"²⁴ de Ángela, pero, a la par que habla de un *documento*, o sea de un texto con valor histórico probatorio, lo camufla en la nebulosa del misterio al negarse a contar los pasos por los que llegó a su poder. El movimiento de privar de terrenalidad y de existencia a las criaturas de *San Manuel* tornándolas encarnaciones de ideas y dotándolas de la funcionalidad de símbolos, como ya se ha estudiado hasta la saciedad, corre parejo con las aseveraciones finales del escritor de que en ningún momento duda él de la veracidad del relato de Ángela ... Para volver, a renglón seguido, en espiral especular, a situar hechos y personajes en una esfera nivelesca y trascendente, perfectamente ahistórica:

Bien sé que en lo que se cuenta en este relato, si se quiere novelesco – y la novela es la más íntima historia, la más verdadera, por lo que no me explico que haya quien se indigne de que se llame novela al Evangelio, lo cual es elevarle, en realidad, sobre un cronicón cualquiera –, bien sé que en lo que se cuenta en este relato no pasa nada; mas espero que sea porque en ello todo se queda, como se quedan los lagos y las montañas y las santas almas sencillas asentadas más allá de la fe y de la desesperación, que en ellos, en los lagos y las montañas, fuera de la historia, en divina novela se cobijan.²⁵

Existió una evidente pasión antidogmática en Unamuno, tan fuerte, que se manifestó de forma prácticamente dogmática, lo que siendo una contradicción, no molestó en absoluto a quien siempre se declaró satisfecho de sus contradicciones y tendió a justificarlas, o a cerrarlas con un provocativo ¡y qué?: “¿Que me contradigo? ¡Y qué más da! No hago ciencia. ¡Si con mis contradicciones contribuyo a que otras la hagan o la deshagan, tanto se me da [...] Cuando alguien, refiriéndose a afirmaciones mías, en realidad o en apariencia discordante entre sí, me pregunta: ¿Pero en qué quedamos? Le contesto: Usted, señor mío, en lo que usted quiera, y yo, ¿qué le importa a usted con lo que me quede?”²⁶.

La contradicción²⁷ era para el escritor el relativismo de creer, – o, al menos, no negar – dos contrarios simultáneamente, era la manifestación más personal de la duda y la expresión de su voluntad feroz de no aceptar servilmente el linealismo simple y acrítico de las explicaciones establecidas; en 1932 escribía “Bienaventurados los que nunca se han sentido en contradicción consigo mismos. ¿Bienaventurados? ¡No! Que no cabe bienaventuranza en el reino del limbo. Ni vive la vida, verdadera vida humana – acaso más que humana – quien no lleva en sí todo un pueblo en perpetua guerra civil”²⁸. Y, por supuesto, también era la precisión soberbia de llevar la contraria... además de la necesidad obsesiva de plantearse y vivir en las propias carnes, y pasando por su filtro intelectual, la vida y la trascendencia, cosa que le lleva a rechazar las vulgarizaciones mostrencas. Ni el amor ni la fe fueron para él, como es sabido, cosa sencilla o resuelta. Del mismo modo que Descartes halló en su situación de duda existencial la prueba fehaciente de su existencia, así Unamuno entendió que nunca creía más en la vida eterna que cuando se hundía en la dolorosa e irresoluble duda. El hecho de reincidir con tenacidad y no huir de las angustias que le ocasionaba el preguntarse, inutilmente, sobre las pruebas del misterio, le llevó a la conclusión de que tales reflexiones eran la prueba de que tenía espíritu religioso, de que amaba desde la duda al escondido Dios de Port Royal y de que la única fe racional posible era, precisamente, dudar con honestidad. Unamuno ignora si hay vida perdurable, ni cómo se accede a su disfrute, pero si existe un Ser creador y ordenador del universo la única forma de amarlo que tiene Unamuno es preguntándose sobre Él, queriendo que, de existir, sea un Dios-para-el-hombre y no aceptando bobamente su existencia, ni las definiciones de receta, y, por consiguiente, negándose la facilidad y el autoengaño, aún a costa de sufrir la desazón de la duda.

Pero ahora debo volver sobre algo anteriormente dicho, si bien no cerrado, para retomar otra vuelta contradictoria del novelista. Unamuno en su intervención final en *San Manuel Bueno, mártir* apunta, corrigiendo a Ángela, un comentario jugoso: “lo que ella dejó dicho de que si Don Manuel y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia, éste, el pueblo, no les habría entendido. Ni les habría creído, añadido yo. Habrían creído a sus obras y no a sus palabras, porque las palabras no sirven para apoyar las obras, sino que las obras se bastan. Y para un pueblo como

el de Valverde de Lucerna no hay más confesión que la conducta. Ni sabe el pueblo qué cosa es fe, ni acaso le importa mucho."²⁹

La declaración es sorprendente e inválida, en principio, cuanto ha construido previamente para justificar la *necesidad* de que los dos hombres mintieran para lograr la tranquilidad de sus conciudadanos: así, pues, si los feligreses no los iban a creer y pasaban, directamente, a dar crédito a sus obras, si ya no había ni escándalo ni pérdida de confianza en la felicidad eterna, ¿para qué, pues, sirve el sacrificio de Don Manuel y el de Lázaro? Ambos podían haber dejado en paz su conciencia de hombres sin fe y no engañar a sus coterráneos, pues que ningún daño se iba a seguir para los feligreses, toda vez que la novela, entera, la ha escrito Unamuno y el novelista, que sabía desde el inicio los mínimos recovecos de la trama que él inventaba, podría haber contado con esa falta de escándalo o desesperanza, podría haber pintado la incredulidad de los feligreses más atentos a los actos que a las teorías. Y, sin embargo, esta contradicción en la ficción literaria es importante. En primer lugar porque diferencia la parte histórica – la vida de Don Manuel, Lázaro, Ángela y la percepción que los tres tienen de su relación con el pueblo – de la aportación “novelesca”, o sea, la interpretación, que hace con los documentos precedentes don Miguel. Esta actitud remacha la idea de que lo que cuenta en *San Manuel Bueno, mártir* es cierto y que una cosa es lo que piensa Unamuno, como recopilador “literario” que es y otra cosa es lo que personalmente creen los tres personajes históricos que aparecen en los documentos de Ángela. A base de argucias como ésta don Miguel pretende distanciarse literariamente de la posible acusación de que toda la historia es invención suya y así, amén de reforzar la idea de que la historia fue y sucedió en Valverde de Lucerna, aumenta el distanciamiento relativizador de que tanto se ha escrito, y con motivo. En segundo lugar esa contradicción entre lo que opinan los personajes históricos y el juicio literario de Unamuno cuando teje el relato “novelesco”, manifiesta también que, precisamente, donde se dice “la verdad” es en la novela, puesto que el mismo que “salva” a Don Manuel y lo lleva a la vida eterna en la novela, es decir, Unamuno, sabe que no hubiera pasado nada, en contra de lo que en la vida real creyeron los protagonistas. En tercer lugar marca Unamuno, una vez más, el poder del novelista decidiendo la trama y manifestando su voluntad de que los personajes, de modo aparentemente independiente, decidan de su vida y creencias, hasta para equivocarse... pero el novelista, como en *Niebla*, existe al margen de sus criaturas y si bien a éstas les deja opinar, la razón final la tiene él.

Es el juego de reflejos entre realidad-historia, de una parte y entre ficción-literatura, de otra, cuyo resultado final es tan indeterminado y abierto como toda esa trama hecha en *San Manuel Bueno* de espejos múltiples. Si la historia aparece en la novela como real y, a la par, también como historia inventada por el novelista, y, por eso mismo, resulta más ficticia que la novela, ¿quién garantiza, entonces, la veracidad de esa ficción literaria – la novela – que Unamuno declara ser más cierta que la historia que por ella transcurre? Y, por ese orden de cosas, ¿qué certeza *novelesca* hay

de que Don Manuel se salve, realmente, merced a la intervención de Unamuno en la novela? ¿No es todo resultado del sueño de Unamuno? ¿Si el hombre hizo a Dios a su imagen y semejanza, por qué no aceptar que Unamuno inventó esa redención novelesca para salvarse, en la literatura, del vértigo de la nada: de un vértigo no sólo literario, – aunque sí en parte –, y que era, además, un vértigo vital muy real? Unamuno confiesa, y aquí sí hay motivo para creerle, que la angustia que al escribir determinados pasajes él sentía se filtraba y le dolía en su vida real, con la misma sinceridad y presencia con la que sus zozobras personales trasparecían en sus obras de ficción.

La historia: “¡mi leyenda!, ¡mi novela!”

La interrogación última del apartado precedente no tiene nada de retórica, ya que el novelista confiesa en el Prólogo a *Cómo se hace una novela*, redactado en mayo de 1927, rememorando los terribles días del exilio parisino de 1925 en los que la redactó, lo siguiente: “me consumía devorándome al escribir el relato que titulé *Cómo se hace una novela*. No pienso volver a pasar por experiencia íntima más trágica. Revivíanse para torturarme con la sabrosa tortura – de “dolor sabroso” habló Santa Teresa – de la producción desesperada, de la producción que busca salvarnos en la obra”³⁰.

Hablemos, pues, de novela porque cuando Unamuno compone *Don Manuel Bueno, mártir* hace cinco años que ha escrito el texto recién citado, el que incluye la novela autobiográfica de U. Jugo de la Raza.

¡Vivir en la historia y vivir la historia! Y un modo de vivir la historia es contarla, crearla en libros. Tal historiador, poeta por su manera de contar, de crear, de inventar un suceso que los hombres creían que se había verificado objetivamente, fuera de sus conciencias, es decir, en la nada, ha provocado otros sucesos [...] Vivir en la historia y vivir la historia, hacerme en la historia, en mi España, y hacer mi historia, mi España, y con ella mi universo y mi eternidad, tal ha sido y sigue siempre siendo la trágica cuita de mi destierro. La historia es leyenda, ya lo consabemos – es consabido – [...] ¡Mi leyenda!, ¡Mi novela! Es decir, la leyenda, la novela que de mí, Miguel de Unamuno, al que llamamos así, hemos hecho conjuntamente los otros y yo [...] Y he aquí por qué no puedo mirarme un rato al espejo porque al punto se me van mis ojos tras de mis ojos, tras su retrato, y desde que miro a mi mirada me siento vaciarme de mí mismo, perder mi historia, mi leyenda, mi novela, volver a la inconsciencia, al pasado, a la nada.³¹

Es cierto que el historiador, el que interpreta los datos para transformarlos en hechos, resulta un creador, en esa evidencia toma pie Unamuno para tejer su primera madeja en la *con-fusión* que establece en el texto acerca del entretejido historia y leyenda, y de leyenda – entendida como lo fabulado – con novela. La novela unamuniana, así,

quiere fundir *verismo* y *verosimilitud*, a partir de la relación que quiere que se cree entre el texto y un lector entregado y capaz de sufrir, en el curso de la lectura, el proceso atarácico que lo lleve hasta a vivir y morir con el protagonista, si esos son los extremos que se hallan en la trama. Semejante experiencia es la que el aterrado Jugo de la Raza temió hacer con la emplazadora novela comprada en los *bouquinistes* del Sena, por eso “dejó de soñar al otro y dejó de soñarse a sí mismo”³², porque, en el fondo, lo que hizo es que “dio con el libro agorero y se puso a devorarlo y se ensimismó en él, convirtiéndose en un puro contemplador, en un mero lector, lo que es algo absurdo e inhumano; padecía la novela pero no la hacía”³³. El novelista pide una encarnación del lector en la novela, para que éste se transforme en el personaje mientras la lee, y de esta manera la lectura devenga un trance creador en el que el lector – convertido ya en el personaje – se diluya soñando ser el protagonista de la ficción. Y sólo mediante semejante identificación puede tornarse real la ficción literaria; tan real que haya pasado a ser la vida misma del lector real y formar parte de sus sentimientos.

Si Unamuno puede plantear ese universo de vidas y destinos cruzados en el horizonte de expectativas que es la dialéctica relación de lector-trama-autor, lo es en la medida en que don Miguel no proponía a su público historietas de aventuras, narraciones de exterior, sino mundos de ideas, una forma de pensar, un modo de vivir los sentimientos y hasta caóticas y contradictorias elaboraciones filosóficas. Y, siempre, planteaba el problema de la duda, de la angustia, del silencio ese que es “el fondo de la tragedia universal: Dios se calla. Y se calla porque es ateo”³⁴.

En *Cómo se hace una novela* Unamuno repite que vivir es ir haciendo la propia novela porque la vida es ir creando y es no morir. Mientras se vive hay novela porque no se muere y porque sigue habiendo creación; de ahí la superioridad de la literatura: en ella el personaje de ficción, aunque se muera, no muere porque permanece vivo en el texto, en un “más allá”, en la fama y la memoria de los que han leído... Unamuno, recordando a la pesadísima escritora argentina que lo fue a visitar durante su exilio, escribe que “la mujer de letras, la de su novela y no la mía, [...] fue a buscar a mi lado emociones y hasta películas de cine. [...] Pero la pobre mujer de letras buscaba lo que busco, lo que busca todo escritor, todo historiador, todo novelista, todo político, todo poeta: vivir en la duradera y permanente historia, no morir”³⁵.

El exiliado ha ido tejiendo la novela de U. Jugo de la Raza sin hacerla, mientras contaba cómo la escribiría en el caso de que decidiera ponerse a ello. Ha sido una creación por la palabra; pegada a su vida de trasterrado. Poesía o novela o historia, todo es historia, porque es vida y, por lo mismo, y a la inversa, todo es ficción. La vida también, una ficción real y creadora cuyo *ars faciendi* aconseja Unamuno:

Y yo quiero contarte, lector, cómo se hace una novela, cómo haces y has de hacer tú mismo tu propia novela. El hombre de dentro, el intra-hombre, cuando se hace lector, contemplador, si es viviente ha de hacerse lector, contemplador del personaje

a quien va a la vez que leyendo, haciendo, creando; contemplador de su propia obra. El hombre de dentro, el intra-hombre – y éste es más divino que el tras-hombre o sobre-hombre nietzscheano – cuando se hace lector hácese por lo mismo autor, o sea actor; cuando lee una novela se hace novelista, cuando lee historia, historiador. Y todo lector que sea hombre de dentro, humano, es, lector, autor de lo que lee y está leyendo. Esto que lees aquí, lector, te lo estás diciendo tú a tí mismo, y es tan tuyo como mío: Y si no es así es que ni lo lees³⁶

No cuenta al lector cómo termina la novela de *Jugo de la Raza*, una novela que por ser también del lector bien puede éste escribir el desenlace.

Pero, a cambio, Miguel de Unamuno escribe el verdadero final de la historia-novela de Ángela Carballino, su historia-novela también.

En apartados anteriores daba vueltas a la encarnación y personalización de arquetipos y a cómo, simultáneamente, los protagonistas adquirían categoría simbólica, cosa que está aceptado – y hasta explicado – en el Prólogo-novela de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. En el capítulo IV de esta obra hay un movimiento casi romántico, a lo Víctor Hugo, que es la reivindicación unamuniana de la totalidad de las criaturas, inclusive las geométricas, como materia literaria. Lo expresa meridianamente: “un símbolo puede hacerse hombre. Y hasta un concepto. Un concepto puede llegar a hacerse persona [...] el geómetra que sintiera ese querer desesperado de la unión de la hipérbola con su asíntota nos crearía a esa hipérbola como a una persona, y persona trágica. Y creo que la elipse quiere tener dos focos. Y creo en la tragedia o en la novela del binomio de Newton. Lo que no sé es si Newton la sintió”³⁷.

Don Manuel, Don Moisés, Don Miguel.

Siguiendo con el hilo precedente, Unamuno cree que una frase o un grito, un gesto bastan para descubrir la esencia de un hombre, o para crearlo como ente de ficción:

Si quieres crear, lector por el arte, personas, agonistas-trágicos, cómicos o novelescos, no acumules detalles, no te dediques a observar exterioridades de los que contigo coviven, sino trátalos, excítalos si puedes, quíelos sobre todo y espera a que un día – acaso nunca – saquen a luz y desnuda el alma de su alma, el que quieren ser en un grito, en un acto, en una frase, y entonces toma ese momento, mételo en tí y deja que como un germen se te desarrolle el personaje de verdad, en el que es de veras real³⁸

Así fue como germinó en Unamuno un sacerdote, beneficiado de la catedral de Salamanca, don Moisés Sánchez Barrado; era un hombre culto, conocedor de varios idiomas, bien puesto en la lengua griega, lector apasionado de Nietzsche que cayó en una profunda crisis religiosa y buscó comprensión y consuelo en don Miguel, quien se transformó en su confesor, su valedor y amigo del alma. Sánchez Barrado era también

amigo del P. Cámara, Obispo de Salamanca, y redactor jefe de *La semana Católica de Salamanca*, que se publicaba con patrocinio del prelado.

Unamuno no guardó toda la correspondencia cruzada entre ellos, lo que resta al historiador estos datos básicos para aquilatar los pasos del pensamiento de los dos corresponsales y medir la incidencia real de esta relación en la elaboración de *San Manuel Bueno, mártir*. Es cierto que la mayor o menor influencia de los hechos de la vida real en un texto literario en nada altera la calidad de la obra, la novela en este caso, pero cuando se trata de poder analizar los procedimientos por los que se produce un sistema de escritura que el autor quiere que sea dependiente de la propia experiencia vital interiorizada, en ese caso, el conocer todos los cabos que configuran el tejido es fundamental. Sólo con todos los datos ante los ojos sería posible valorar su posible traslación a la novela, la elaboración personal que ha decidido el novelista en cada caso, cómo desvió literariamente los distintos momentos de aquella convivencia o el peso concreto que adjudicó a los concretos sucesos vividos para decidir su fusión literaria. Con los testimonios escritos completos acerca de la relación de don Miguel con don Moisés podríamos comprender mejor los muchos niveles de conciencia y pensamiento que Unamuno zurce en su novela y nos resultaría algo más nítido el sistema de elaboración del conjunto. Sin la correspondencia entera se nos dificulta, un tanto, el ingreso en eso que ahora se llama pomposamente "el taller literario" de Unamuno y aunque, por el momento al menos, no es sencillo aventurarse a definir cómo se hizo *San Manuel Bueno, mártir*, gracias a la generosidad de un buen amigo, el profesor Robles, puedo ofrecer los datos que él me entregó para cumplir con la cadena de la transmisión de conocimientos. Espero que un estudioso de Unamuno encuentre pronto más documentos y mejore el análisis de los que ahora disponemos.

La conocida y brillante hipótesis de Sánchez Barbudo identificando como contrafigura real de Don Manuel al sacerdote, escritor y poeta amigo de Unamuno, Francisco de Iturribaría³⁹, ya ha sido contestada muy razonablemente por Pablo Bilbao Aristegui⁴⁰, toda vez que el gran estudioso de Unamuno no había aportado piezas probatorias demasiado consistentes. Por ser los hechos muy conocidos y repetidos en muchos trabajos sobre Unamuno no cabe volver de nuevo sobre ellos.

Se conserva una sola carta de las que escribió Unamuno a don Moisés y ha sido editada por Laureano Robles⁴¹, está fechada el 24 de enero de 1912 y en ella Unamuno, como Rector de la Universidad, le comunica que lo ha nombrado ayudante interino de clases de alemán en el Instituto de Salamanca con sueldo de 500 pesetas mensuales. Esta preocupación material por proveer al amigo de un trabajo que le permita vivir define el sentido de la amistad y del afecto del catedrático de griego que sabe que, además de aconsejar y consolar hay que atender a las cuestiones terrenas de las que tanto depende el ser humano. De las cinco únicas cartas conservadas de entre las que el sacerdote escribiera a Unamuno se puede colegir que en 1921 don Moisés ocupaba una cátedra de latín en el Instituto de

Segovia porque el 29 de enero de 1921 el sacerdote invitó a Unamuno a dar una conferencia en esa ciudad y en ella aludía a que no había escrito a don Miguel desde 1915⁴². Este mismo año, el 11 de febrero acusa recibo de una del novelista, fechada el día 2, le cuenta que la leyó a sus compañeros "excepto lo que es entre usted y yo" y divaga sobre la lectura de *Del Sentimiento trágico de la vida*, sobre su salida de Calatrava, el Seminario diocesano de Salamanca y de cuando "andaba pensando en emigrar". El 1 de septiembre de 1921 vuelve a escribirle rememorando las épocas vividas juntos "después de la *debacle* modernista" y de "una borrachera de racionalismo" que consignó por escrito en unas notas que llevaba. La última noticia es que en 1932 vivía y era catedrático del Instituto de Burgos.

La primera mención de que disponemos a propósito del desgarrado sacerdote aparece en una carta de Unamuno a Pedro Jiménez Ilundain, del 18 de abril de 1904, en ella oculta el nombre del religioso que, andando el tiempo, ya hará público: "los textos de Loisy [andan] en manos de curas jóvenes [...] me acusan de pervertir curas. Soy director de algunos que sienten que se les va la fe [...] empezó por uno de aquí en las garras de Nietzsche. Le metí a leer Sabatier, Harnack, Tatch"⁴³. Las recomendaciones de lectura, como se puede observar, se refieren a teólogos protestantes preocupados por las relaciones entre razón, fe y libertad crítica, así como por la historia eclesiástica. Fueron muy conocidos en los años finiseculares los estudios de Arnold von Harnack sobre el protestantismo liberal alemán, sobre Lutero y la filosofía agustiniana, que tanto interesó a Unamuno por sus relaciones con Port Royal; también gozó de mucha fama Auguste Sabatier, calvinista francés que fundamentó la religión en una íntima necesidad del espíritu e intentó concordar la religión con la ciencia moderna, así como con la filosofía de la historia⁴⁴.

En este mismo 1904, el 29 de diciembre, escribe a Luis de Zulueta: "Un cura íntimo amigo mío, que está pasando por una gran tormenta interior, perdida toda fe en el dogma católico (reserve esta noticia) me decía cuando le leí parte del Quijote, que era una obra teológica, sin teología, una doctrina de la fe [...] LA VERDAD no es lo que nos hace pensar, sino lo que nos hace VIVIR. El criterio vital, el criterio ético, es el supremo [...] (estoy leyendo a Kierkegaard)"⁴⁵. En 1911, en carta del 5 de enero a Juan Zorrilla de San Martín, da ya el nombre:

"Hay aquí un sacerdote beneficiado de esta catedral, redactor en jefe hasta hace poco de la Semana Católica e íntimo amigo mío que no puede ya vivir aquí. Quiere irse a América. ¿Habría sitio para él? Traduce francés, inglés y alemán y ha explicado griego en un colegio eclesiástico... Es un alma atormentada y trágica, cogida por Nietzsche. Ha librado combates por salvar la fe, llegando a enormes renunciamientos [...] Le han denunciado de MODERNISMO [...] el cardenal español, Rafael Merry del Val es la culpa en el Vaticano [...] Las terribles verdades que ha dicho desde la Semana Católica, a este clero de tresillo y merienda [...] le envidian por su inteligencia y saber [...] se llama Moisés Sánchez Barrado"⁴⁶.

En 1915 Unamuno sigue buscándole trabajo, por eso escribe, el 28 de mayo, a Hipólito González Rebollar para que lo recomiende a Cabrera Pinto, director del Instituto de La Laguna para una cátedra de latín durante el curso 1915-16:

"Le conocí en las garras de Nietzsche. Padeció una gran crisis de conciencia; fue acusado de modernismo. Es una alma trágica. Escribiendo mi Sentimiento trágico me he acordado mucho de él [...] En tres años ha hecho el bachillerato, la Licencia y el Doctorado, oposiciones y cátedra. Es un cura lammenaiano. Le he consolado. Sigue de cura. ¿Con qué sinceridad íntima? No lo sé [...] Habría para hacer un libro con sus cosas [...] Conoció a Paco Giner [de los Ríos], en quien fue a buscar, como en mí, un confesor. De pronto le parecerá algo hermético, hosco"⁴⁷

El zanjón del sacerdote caló muy hondo en el ya prevenido Unamuno que, además de destilar su tragedia en *Del sentimiento trágico de la vida* y *San Manuel Bueno, mártir*, iluminó muchas de las páginas que sobre este problema escribió el novelista, de modo especial – pues lo cita – en "Los dogmas en entredicho":

Al acabar de leer la nota oficiosa que la Junta nacional del partido Reformista ha dado respecto a las condiciones en que aceptaría el poder, uno de esos hombres de derecha que ahora se están declarando casi socialistas, nos ha dicho: "¿Pero, hombre, a qué viene esto de la libertad de conciencia? ¡Cómo si no fuera en España todo lo libre que en cualquier otro país pueda serlo! ¿Quién le impide a nadie pensar como quiera y expresar su pensamiento? ¡Sólo nos faltaba que se resucitase ahora lo del artículo 11 de la Constitución y la libertad de cultos y la separación de la Iglesia y del estado y demás antiqüallas!"

- ¡Pues claro está que hay que resucitar todo eso! – le hemos contestado – ¡O es que se creen ustedes que vamos a dejar que sigan en pie ciertas disposiciones legales, aunque el espíritu de los tiempos haga que no se apliquen...
- Como por ejemplo...
- Como por ejemplo el derecho de los prelados de la Iglesia Católica Apostólica Romana a inspeccionar la enseñanza pública del Estado y a denunciar a éste al que vierta doctrinas contrarias al dogma y la moral católicas.
- Y cuándo se ha aplicado...
- Aparte de que se ha intentado aplicar, y no hace muchos años, y aquí, en Salamanca, basta que exista la ley. Y como eso hay otras cosas. ¡O no sabe usted que hay en España un ex sacerdote católico, un apóstata del sacerdocio, que no puede casarse civilmente?⁴⁸

La participación de Unamuno en un acto organizado por los protestantes en la Casa del Pueblo de Salamanca el 1 de julio de 1922 pidiendo la libertad de cultos consistió en un discurso en el que, en un momento, volvió, presumiblemente, a su don Moisés: "Hace tiempo recibí una carta de un ex clérigo lamentándose de que habiendo dejado de pertenecer como ministro y como fiel a la Iglesia Romana, la ley española le

impidiese constituir legalmente un hogar y poder presentar como su esposa a la que es compañera de su vida"⁴⁹. La queja de Unamuno apunta a la inexistencia de un Estado laico en España y a que de la interdependencia Iglesia-Estado se deriven problemas para la libertad de los gobernados; en este caso una cuestión de conciencia precipita al ciudadano a vivir en la ilegalidad civil y a no poder resolver una cuestión de convivencia en el plano jurídico administrativo en el que se debería resolver razonablemente.

La historia de don Moisés, que tan directamente vivió Unamuno y tanto le impresionó destila, como es patente, en el capítulo IV de *Del Sentimiento trágico* titulado "La esencia del catolicismo", donde copia un largo texto de Loisy y otro de Lammenais. Pero, como he adelantado, la historia no fue trasladada a la novela tal cual: Unamuno siguiendo sus mismísimos consejos en el *Prólogo* de las *Tres novelas ejemplares*, traspone oblicuamente y en esencia la historia vivida, – en este caso más bien convivida –, con el sacerdote en crisis. Las diferencias entre el cura que ahorcó los hábitos y el párroco de Valverde de Lucerna son obvias para cualquiera que haya leído la novela. Mientras Moisés Sánchez Barrado, muy modernista, reivindicó su libertad de conciencia y pechó con las consecuencias del abandono de la disciplina eclesiástica, en cambio Don Manuel Bueno, que asume literariamente las crisis de conciencia de este cura, no abandona la Iglesia; y esta decisión es de Unamuno totalmente, porque el novelista conocía muy bien los motivos y razones que habían movido a Sánchez Barrado a una secularización "por detrás de la Iglesia", la única que le consintieron. Don Manuel – que es tanto pedazo de don Moisés en su urdimbre intrínseca – en la novela se reviste de la piel del fingimiento ante los feligreses, pero no se eche en saco roto que ésta es una piel que deseó calzar Unamuno y no tuvo valor, o humildad bastante, para hacerlo. Lo cuenta en el *Cuaderno XVII* de los famosos inéditos unamunianos, en un momento en el que reflexiona sobre los sufrimientos que su descreimiento causa a Concha Lizárraga la esposa de Unamuno y madre de sus ocho hijos:

Y pensar que por una necia vanidad y un amor propio fuera de medida le he de dar un infierno en esta vida [...] ¡Ah! ¡Si yo pudiera fingir! ... Cuando me paro y pienso bien en ello tomo miedo y lleno de terror vuelvo atrás. O renunciarle o renunciar a ella, y en uno y otro caso renunciar a mi dicha, porque ella consiste en unir lo que no puede ser unido. ¡Qué de amarguras me esperan y la esperan!⁵⁰

Sin duda, el novelista, en esa forma de vivir que era para él hacer la novela, y en esa forma de escribir una novela que era para él vivir, redimió lo que pudiera tener de conciencia de culpabilidad por haber mantenido su derecho a pregonar su verdad, por encima del sosiego y contento de su madre con anterioridad y de su Concha luego y hasta por encima de la alegría que hubiera podido brindar a esas mujeres protagonizando una ficción del tipo de la que representa el Lázaro novelesco.

La soberbia de la honradez no permitió ceder a Unamuno y cabe pensar que trasmutó aquél movimiento nunca emprendido, al que alude en el cuaderno mentado, en el renunciamiento doble de Don Manuel y de Lázaro. ¿Quién sabe si esa unidad de maestro y discípulo que formaron Don Manuel y el indiano Carballino, no era una recreación vívida, a saber, literaria, del tándem real que componían don Moisés y don Miguel en las horas de sus mutuas confesiones? Y, caso de ser así, (que algo de eso tuvo que haber), ¿quién puede asegurar cuál de los dos personajes de ficción era el escritor y cuál el sacerdote? Presumiblemente Don Manuel Bueno está tan embebido de la faceta unamuniana de consiliario, confesor y desgarrado agnóstico, como de las tribulaciones del sacerdote Moisés Sánchez Barrado, enfrentado a sus determinaciones; y Lázaro, el resucitado, debe tener tanto del Moisés discípulo que acude al maestro hasta para plantearle sus cuestiones laborales, como del Unamuno que no aceptó interpretar una ficción; y es que conviene tener en consideración, al respecto, que si Lázaro en la novela pactó con la vía de las apariencias lo hizo llevado de la mano de un Don Manuel que también sacrificaba su íntima convicción. Unamuno careció de esa mano conductora y la que le pudo tender su amigo y penitente don Moisés (su Lázaro particular) tampoco le llevaba a la simulación, sino más bien a todo lo contrario. Don Miguel, de acuerdo con sus ideas, vertió en la novela, con las esperanzas de una vida terrena más feliz para la gente menuda en una España ya presumiblemente pronto democrática, también los posos que le agobiaban en aquellos finales de 1930 y eran harto antiguos: agonías, esperanzas, vanidades, renunciaciones reales, renunciaciones deseadas y renunciaciones incumplidas. Y soñó, creó y vivió la novela a la manera que Dios sueña la historia del mundo todo ... – según dice Unamuno –, ese donquijotesco pensador, vestido de pastor protestante que por mano de Calderón, pidió en la clausura de la *Vida de Don Quijote y Sancho* que le dejaran vivir eternamente su novela, con aquel entre suplicante e imperativo “No me despiertes si sueño”⁵¹.

Notas

¹ Acerca de la estancia de Unamuno en Canarias y de su trabajo durante aquella estancia da noticia Sebastián DE LA NUEZ: *Unamuno en Canarias. Las islas, el mar y el destierro*, La Laguna Universidad de La Laguna, 1964.

² La mayoría de las referencias epistolares que manejo en este trabajo y, concretamente, las que se refieren a don Moisés Sánchez Barrado las debo a la generosidad de mi buen amigo, y excelente estudioso de Unamuno, Laureano Robles, a cuya paciente cordialidad debo no pocas informaciones biográficas sobre don Miguel. Vaya desde aquí mi gratitud por su afectuosa disponibilidad.

En el Archivo de la Casa-Museo de Unamuno, en Salamanca, se conservan las cartas citadas en esta nota, no así las escritas por don Miguel. // *Cartas 1903–1933. Miguel de*

Unamuno y Luis de Zulueta, recopilación, prólogo y notas de Carmen de Zulueta. Nota biográfica de A. Jiménez Landi, Madrid, Aguilar s.f.

³ Existen muchos testimonios de las relaciones de Unamuno con los intelectuales españoles y extranjeros en los epistolarios publicados o inéditos; también se ha estudiado esta faceta de la vida de Unamuno, entre otros en los estudios de Manuel GARCÍA BLANCO. En *torno a Unamuno*, Madrid, Taurus, 1965 y de José TARÍN-IGLESIAS; *Unamuno y sus amigos catalanes*, Barcelona, editorial Peñíscola, 1966.

⁴ En Luis L. CORTÉS: "La leyenda del lago de Sanabria", en *Revista de Dialectología y Tradiciones populares*, 4, (1948), pp. 94-114. Marcelino Menéndez y Pelayo recuerda que, ya en el siglo XIII, la crónica latina del pseudo Turpín alude a una "Lucernam [...] quae est in valle viridi", que hizo frente al ataque de Carlomagno y terminó sepultada en una fétida laguna, en *Orígenes de la novela*, *Obras Completas*, XIII, Santander, 1947, p. 307.

⁵ Sobre la biografía de Unamuno aparecen constantemente datos – de más o menos enjundia – y nuevas interpretaciones – también de variable credibilidad y fuste –, pese a lo cual sigue siendo un clásico la justamente muy citada biografía de Emilio SALCEDO: *Vida de don Miguel*, Salamanca, Anaya, 1970.

⁶ Laureano Robles me contó que había visto la pistola, guardada por los hijos del escritor, y que en ella hay una inscripción: "De Miguel de Unamuno a Miguel de Unamuno". A este intento de suicidio alude en *Cómo se hace una novela*, y asimismo al modo en que su mujer, Concha, lo evitó: "En un momento de suprema, de abismática congoja, cuando me vio en las garras del Ángel de la Nada, llorar con un llanto sobre-humano, me gritó desde el fondo de sus entrañas maternas, sobre-humanas, divinas, arrojándose en mis brazos: "¡hijo mío!" Entonces descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre, que no tiene otra novela que mi novela", Madrid, Ediciones Guadarrama, 1977, p. 83. Es imposible no relacionar este momento de la vida de Unamuno de 1897 con la escena de *San Manuel Bueno, mártir* en que al sacerdote que grita en el púlpito la frase evangélica "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", responde su madre desde el suelo "¡Hijo mío!", estremeciéndose a los feligres, ed. cit. p. 36.

⁷ Existe una fotografía del matrimonio Quiroga-Unamuno con don Miguel en la que es patente el mal que aquejaba a la hija del escritor, la reproduce Emilio SALCEDO, *op. cit.* p. 387.

⁸ "He aquí mi tentación mayor [...] Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, torturado por la tentación del suicidio [...] Y yo la he heredado. ¡Y cómo me llama ese agua que con su aparente quietud – la corriente va por dentro – espeja al cielo!", *op. cit.* p. 46.

⁹ Sobre los problemas de lenguaje, de comunicación dialógica y la función literaria del espejo y los tropos que lo representan véase Iris M. ZAVALA: *Unamuno y el pensamiento dialógico*, Barcelona, Anthopos, 1991.

¹⁰ Visión "contemplativa" bastante alejada de la que ofrece *Paz en la guerra*; esa faceta casi "quietista" la estudia Carlos BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*, México, El Colegio de México, 1959. La etapa de compromiso político socialista la estudió Rafael PÉREZ DE LA DEHESA: *Política y sociedad en el primer Unamuno*, Madrid, Ciencia Nueva, 1966.

¹¹ *San Manuel*, p. 59. A propósito del significado de *Niebla* y los problemas estructurales del personaje Augusto Pérez vid. el ejemplar análisis de Geoffrey Ribbans: *Niebla y soledad. Aspectos de Unamuno y Machado*, Madrid, Gredos, 1971.

¹² *San Manuel*, p. 58.

¹³ San Manuel, p. 33.

¹⁴ Ibid. p. 43.

¹⁵ Ibid. p. 47.

¹⁶ Elías DÍAZ: *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*, Madrid, Tecnos, 1968, especialmente el capítulo V "Implicaciones generales de su pensamiento político. Liberalismo elitista e irracionalismo antiliberal. Las contradicciones de Unamuno".

¹⁷ "¡Mea culpa, mea maxima culpa!", *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 13 de abril de 1914. Más tarde lo incluyó en *Mi vida y otros recuerdos personales*.

¹⁸ "Programa para un cursillo de filosofía moral barata", *Ahora*, Madrid, 29 de noviembre de 1935. La filosofía de la "alterutalidad" – barata o no – le llevó a saludar el alzamiento de los militares fascistas en 1936, equivocación de la que lo sacó en el penoso acto del Paraninfo salmantino, como es sabido, el zafio matonismo cuartelero de Millán Astray. Sobre las actitudes de Unamuno desde la sublevación fascista hasta su muerte en diciembre de 1936 sigue siendo utilísimo el estudio de Luciano GONZÁLEZ EGIDO, *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*, Madrid, Alianza editorial, 1988.

En otro orden de cosas el argumento de la 'alterutalidad' es un intento de resolver la tensión jansenista de conciliación necesaria de contrarios en que vivía.

¹⁹ Glosa el final de la *Vida de Don Quijote y Sancho*: "¡Y si es la vida sueño, déjame soñarla inacabable!", Madrid, Espasa-Calpe, 1938, p. 345.

²⁰ El prólogo a que aludo lo escribió para la edición conjunta que preparó de esta novela y de las tres ejemplares: *La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez, Un pobre hombre rico o El sentimiento cómico de la vida y Una historia de amor*. En él, tras afirmar que a los protagonistas de las cuatro obras los emparenta "el pavoroso problema de la personalidad", afirma que "Don Manuel Bueno busca, al ir a morir, fundir – o sea salvar – su personalidad en la de su pueblo". Todo en ed. cit. p. 19.

²¹ En *Tribuna Médica*, año III, nº 13, Valencia, febrero de 1909.

²² San Manuel, p. 44.

²³ Ibid. p. 43.

²⁴ Ibid. p. 59.

²⁵ Ibid. p. 60.

²⁶ "¡Mea culpa, mea maxima culpa!", loc. cit.

²⁷ Sobre los sistemas que rigen el pensamiento de Unamuno y su dialéctica entre la bipolaridad y la unicidad vid. Gonzalo NAVAJAS: *Miguel de Unamuno: bipolaridad y síntesis ficcional. Una lectura posmoderna*, Barcelona, PPU, 1988.

²⁸ "Ascensión y asunción", *El Sol*, Madrid, 7 de julio de 1932.

²⁹ Ibid.

³⁰ *Cómo se hace una novela*, ed. cit. p. 35. Sobre la génesis de esta obra sigue teniendo validez el análisis de Armando F. ZUBIZARRETA: *Unamuno en su "nivola"*, Madrid, Taurus, 1960.

³¹ Ibid. pp. 64-65.

³² Ibid. p. 72.

³³ Ibid. p. 102. Quizá no sea baladí recordar en este punto que Don Manuel pide a Ángela

³⁴ Ibid. p. 77.

³⁵ Ibid. p. 83.

³⁶ Ibid. p. 102.

³⁷ *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid, Espasa-Calpe, 3ª edición, s.f. pp. 21-22.

³⁸ *Ibid.* p. 24.

³⁹ Antonio SÁNCHEZ BARBUDO: *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid, Guadarrama, 1959, concretamente el análisis comparativo entre "San Manuel Bueno, mártir y El Vicario de Rousseau", pp. 161-183. Sus obras completas fueron publicadas por la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya en 1920.

⁴⁰ en *Pérgola*, junio, 1992.

⁴¹ *Epistolario inédito de Miguel de Unamuno*, I, ed. de Laureano Robles, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 297, carta 175.

⁴² Esta carta no fue conservada por Unamuno.

⁴³ *Epistolario americano de Miguel de Unamuno*, Salamanca, Servicio Universitario de Publicaciones, 1996, p. 182, carta 58.

⁴⁴ Acerca de las tendencias de un humanismo ateo en Unamuno sigue siendo útil el trabajo de Armando F. ZUBIZARRETA: *Fras las huellas de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1960.

⁴⁵ *Cartas 1903-1933. Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta*, recopilación, prólogo y notas de Carmen de Zulueta; Nota Biográfica de A. Jiménez Landi, Madrid, Aguilar, s.f., p. 83.

⁴⁶ *Epistolario americano*, e.d. cit. p. 362, carta 197 y *Epistolario inédito*, ed. cit. p. 286, carta 164.

⁴⁷ He conocido las parte de esta carta, inédita, por amabilidad de Laureano Robles, que es quien la posee.

⁴⁸ *El Mercantil Valenciano*, 10 de noviembre de 1918.

⁴⁹ "Sobre la libertad de cultos", en *España Evangélica*, III, nº 28, 6 de julio de 1922, p. 219, y en Patrocinio RÍOS SÁNCHEZ: *El reformador Unamuno y los protestantes españoles*, Tarrasa, Ed. Clie, 1993, pp. 110-111.

⁵⁰ Apud. Pedro CEREZO GALÁN: *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid, Editorial Trotta, 1996. Sobre las anotaciones en los cuadernos y el proceso de crisis raro es el estudioso de Unamuno que no ha escrito, pero recuerdo, por los datos que manejan y la sensibilidad de la interpretación, a Antonio SÁNCHEZ BARBUDO, op. cit. y Luciano GONZÁLEZ EGIDO: *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1983.

⁵¹ Madrid, Espasa-Calpe, 1938, p. 345.